



TAREA

PANAMÁ

TAREAS

Administración: Joaquín Franco.

Dirección: Ricaurte Soler; Leopoldo Fuentes del Cid; Fabián Echevers; Carlos Ayala; Carlos Bolívar Pedreschi; César Pereira B.

Redacción: Alfredo Castellero C.; César A. Young Núñez; Bernardo Selles; Ornel Urriola; Jaime De León.

Corresponsales:

DAVID: Evelia Alvarado.

CHITRE: Moisés Chong Marín.

ANTON: Luis Véliz.

LAS TABLAS: José María Espino.

Exterior:

MARACAIBO: Carlos Wong.

RIO DE JANEIRO: Homero Icaza Sánchez.

SANTIAGO DE CHILE: Aristides Martínez.

Patrocinadores:

Carlos Franco; Manuel Aguilera Rojas; Joaquín Franco; Roberto Richards; Iván Teixeira; René Brenes; Rafael González; Luis Alberto Franco; José Angel Noriega; Jorge Conte Porras; Carlos De Diego; Reina Torres de Araúz; Leonel Ferguson; Nidia Cardoze; Carmelo García; José L. Castillo; Mario Galindo, Bonifacio Pereira; Pedro Salazar; Ramón de Aguilar; Ricardo Rodríguez; Vitta Teixeira Svatos.

Correspondencia: Apartado 3560, Panamá, R. de Panamá.

TAREAS

Panamá, Enero-Mayo de 1962

No. 6

I N D I C E

Página

ESTUDIOS:

Ramón de Aguilar: "La Interdicción Judicial"	3
Pedro Salazar Chambers: "El Profesor de Educación Secundaria y otras Cuestiones"	13
Zelma Alvarado de Aguilar: "Simbolismo de los vestidos de Macbeth"	22

TEATRO

José de Jesús Martínez: "Enemigos"	33
--	----

CUENTO

José Franco: "Pasada la Tempestad. Una leyenda guaymí"	68
Enrique Chuez: "El Pavo"	71

REFORMA UNIVERSITARIA

76

- A) Introducción
- B) Los estudiantes de la Facultad de Derecho de 1951 y la Reforma Universitaria.
- C) Resolución del Seminario de Profesores de Geografía, Historia, Filosofía, Cívica y afines (de la enseñanza secundaria) en torno a la Reforma Universitaria.
- D) Resolución de los estudiantes de la Escuela de Economía ante la situación actual de la Escuela.

- E) Proyecto de Reforma de los Artículos 80, 81, 157 y 159 del Estatuto Universitario en torno a las horas de labor docente.
- F) Proyecto de Reforma a los Artículos 89 y 91 del Estatuto Universitario que reglamentan la selección del personal docente de la Universidad.
- G) Proyecto de Reforma al acápite "D" del Artículo 91 del Estatuto Universitario (En torno al reglamento que regula los concursos de cátedras).
- H) Proyecto de Reforma al Cap. V. del Estatuto Universitario relativo al personal docente de la Universidad (Artículos 65, 69, 70 y 77).
- I) Proyecto de modificación al Artículo 179 (En torno a las condiciones de los estudiantes para poder pertenecer al Capítulo de Honor Sigma Lambda).

NOTAS CRITICAS

- "Ha llegado un Inspector". Dirección de Rogelio Sinán.
Por Pedro Salazar Chambers. 106
- "El Positivismo Argentino", de Ricaurte Soler. Por
José Carlos Chiaramonte 109

LA INTERDICCION JUDICIAL

DR. RAMON DE AGUILAR

(David)

El hecho de haber participado como perito médico en un caso de interdicción judicial me permitió conocer lo establecido en el Art. 297 del Código Civil, reformado por la Ley 7ª de 1961. Y a esta reforma voy a referirme en la presente comunicación pues, a mi modesto juicio, la forma actualmente redactada, adolece de difícil interpretación por no ajustarse a la realidad de las variantes que puedan presentar los diferentes casos dándole un equívoco alcance al contexto de lo legislado.

Estos problemas surgen desde el momento que los Códigos modernos no se ajustan a las normas nosológicas de la ortodoxia psiquiátrica. Por eso Alberto J. Molinas comenzaba su "Incapacidad civil de los insanos mentales", haciendo notar que no hay Código libre de ser censurado en las materias de legislación que se refieren a los enfermos de la mente". La terminología que emplean nos sitúan muchas veces, en verdaderas encrucijadas interpretativas que, para salir de ellas, nos obligan a interpretar subjetivamente la intención del legislador y decidir en consecuencia. Y este divorcio entre la letra y la intención, entre lo escrito y lo pensado por el legislador, es fuente de múltiples controversias que pueden dar lugar a resultados no deseados. La terminología jurídica y psiquiátrica deben tener una comunión que no admita dudas.

A pesar de esto veamos algunos ejemplos al respecto para observar cuan lejos de la unanimidad y cientifismo se encuentra este problema en la mayor parte de los Códigos

gos Civiles: En efecto, el Código de Méjico se refiere a “dementes, idiotas e imbéciles”; el del Brasil a “locos de todo género”; el argentino eludiendo —por inspiración francesa— la terminología psiquiátrica, declara dementes (y por ende incapaces absolutos) a los “maníacos, dementes e imbéciles”; el de Venezuela, contradiciéndose a sí mismo, somete a interdicción a los que se “encuentran en estado habitual de defecto intelectual que los haga incapaces de proveer a sus propios intereses aunque tengan intervalos lúcidos”; el chileno, al imponer las curatelas a las “personas que no puedan administrar competentemente sus negocios” emite un concepto fuera de toda valoración objetiva y científica; el suizo y alemán se refiere a los “enfermos mentales y débiles mentales”; el italiano cita la “enfermedad de la mente”; etc., etc. Y sin embargo, en ninguno de ellos, que nosotros sepamos, se exige declarar si son enfermos mentales permanentes o transitorios, lo que tendría un gran interés para hacer una interdicción temporal o permanente.

El caso que nos ocupa, Art. 297 del Código Civil, consideraba incapaces de administrar sus bienes al “loco, imbecil o demente aunque tenga intervalos lúcidos” y en la modificación establecida por la Ley 7^a de 1961, se determina que “son incapaces de administrar sus bienes los que por enfermedad mental, o falta de desarrollo de su inteligencia, se hallen habitualmente privados del discernimiento necesario para los actos civiles”.

Vemos pues, que en ambos casos se hace alusión a los enfermos y retrasados mentales y así mismo se elude, en los dos, a tipos que no son ni lo uno ni lo otro; ni son enfermos, en el sentido de haber adquirido una enfermedad ya sea psicosis o demencia; ni son retrasados mentales. Nos referimos a los anormales, los psicópatas; individuos que por su singularidad caracterial caen fuera del ámbito normal del comportamiento medio.

Sin embargo, esto no es lo esencial de la modificación referida, lo característico de ella es que mientras en la

anterior Ley no era obstáculo para la interdicción que el peritado tuviera “intervalos lúcidos”, la modificación establece bien claro lo contrario, la habitudad. La Ley 7ª determina que deben “hallarse habitualmente privados de discernimiento” y habitualmente significa continuamente, SIN INTERRUPCION. Por ello se establece que todo aquel que tenga “intervalos lúcidos”, por escasos y breves que sean, quedan fuera del citado artículo.

Asumimos de lo anterior que van a eludir la interdicción todos aquellos enfermos psicóticos (“locos”) que limiten su alteración a un sistema delirante organizado; típicos paranoicos que la terminología francesa, supeditada al pragmatismo semiológico, denominaba “locos razonadores” porque solamente ponen de manifiesto su anormalidad al serles estimulado, y no siempre, su sistema delirante. Así mismo casos tan comprometedores jurídicamente como los “Estados crepusculares episódicos”, “Desdoblamientos de la personalidad”, “Tovicomanías”, etc., etc., van también a ser ignorados en las declaraciones de interdicción judicial permanente o temporal. Además, mediante el caso que motiva las presentes líneas, vamos a poner de manifiesto que no es preciso “rebuscar” en las páginas de los textos psiquiátricos más novedosos para encontrar síndromes más o menos frecuentes, que invaliden la comentada disposición. Nuestro caso es una simple demencia senil que eludió la declaración judicial de interdicción por vernos obligados después de haber certificado lo contrario, a considerar apta para administrar sus bienes a JMB unos días después de la primera declaración.

El caso sucedió así: Citados en compañía del Dr. Anguisola, por la Fiscalía Primera del Circuito de Chiriquí para informar sobre el estado mental de la paciente JMB y su capacidad de discernimiento, contestamos el 7 de agosto de 1961, en los siguientes términos:

..... “La Sra. que dijo llamarse JMB acudió a nuestra presencia unos diez minutos después de haberla requerido por encontrarse en cama, presentando un

aspecto ordenado, tranquilo, discretamente recelosa y correcta. Su apariencia corresponde con la de una campesina de unos 80 años de edad, unos 50 kgrs. de peso, con una talla aproximada de 1'60 mtrs., ojos castaño oscuro, pelo canoso y ninguna señal especial.

Permaneció sentada donde le indicamos durante unos 10 minutos, con un cigarrillo en la mano que se le tuvo que encender dos veces por olvidarse de él y finalmente lo dejó caer. Al cabo del tiempo citado se levantó, desinteresada de lo que estaba ocurriendo y silenciosamente se dirigió al patio de donde la trajeron nuevamente para poderla explorar.

Unos minutos después llegó la enfermera para inyectarla "Siquil", lo que impedimos para poderla estudiar lo menos bloqueada posible . . .

LA EXPLORACION PSIQUICA la efectuamos mediante una serie de preguntas capaces de estimular sus sentimientos, razonamientos y recuerdos, al objeto de poder valorar las diversas facultades mentales y actitudes afectivas. Estas funciones fueron las siguientes:

1.—LA LUCIDEZ DE CONCIENCIA, explorada mediante la orientación en el tiempo y espacio: A este respecto no sabía, cuando yo le pregunté, el año actual, ni el mes, ni el día, ni aún si era por la mañana o por la tarde. Media hora después, en el interrogatorio del Dr. Anguizola, supo (a las 15 horas) que "serían las dos de la tarde". Esto quiere decir que su manifiesta confusión mental es oscilante como corresponde a los síndromes orgánicos de este tipo.

2.—LA CAPACIDAD DE COMPRENSION Y RAZONAMIENTO explorada a través de la situación

creada por nuestra presencia: Al respecto pudimos comprobar que en ningún momento comprendió dicha situación parcial. Al preguntarle si sabía quiénes éramos (estábamos vestidos de blanco y va se le había

no pudo ser "enjuiciada" por la enferma debido a su falta de comprensión de la situación.

3.—La capacidad de cálculo, valorada mediante operaciones aritméticas elementales: No pudo decir cuánto suman dos y dos, tres y tres, dos y uno; lo cual corresponde a un intenso deterioro orgánico de las estructuras cerebrales.

4.—La afectividad, estudiada a través de las emociones y sentimientos despertados por nuestro diálogo; nos puso de manifiesto las siguientes alteraciones: a) — Euforia pueril: Reía alegremente durante toda la exploración aunque no hubiese motivo para ello o este fuera contrario a una vivencia alegre; por ejemplo, al decir que no fué nunca a la escuela, o que "Lezcano está con muchas ganas de heredar", o al no saber cuánto suman dos y dos. También expresó su euforia diciendo "estoy sanísima", "estoy contentísima", etc.

b) —Incontinencia emocional: Ante un estímulo, no necesariamente alegre, irrumpe en una risa incoherente que a ella misma le llama la atención: "es qué me ha hecho mucha gracia", dice y señalando a uno de nosotros, trata de contagiarse su risa para justificarse.

c) —Inestabilidad afectiva: Con suma facilidad y brusquedad pasa de un estado afectivo al contrario, suspende bruscamente la risa para mostrarse contrariada o llorosa.

Todas estas alteraciones afectivas corresponden a una lesión orgánica, destructiva, demencial, de las estructuras cerebrales hemisféricas, diencefálicas y troncales.

5.—LA CAPACIDAD DE CONCENTRACION O ATENCION VOLUNTARIA, se puso de manifiesto al rogarle que enumerara los objetos que veía en la habitación donde nos encontrábamos: Fué incapaz de "concentrarse" en esta labor por la hipotenacidad atenta (distrabilidad) que padece y que la impide mantenerse voluntariamente atenta a una actividad mental por simple que sea.

6.—LA IDEACION que, observada a través de sus contestaciones y exposiciones espontáneas (estas últimas muy limitadas), se mostró claramente ideofugaz:

De una contestación incompleta saltaba a otra idea no relacionada con la anterior. Y lógicamente debe ser así puesto que ya hemos afirmado el trastorno del juicio, afectividad y atención, que son las facultades básicas para la elaboración de las ideas.

7.—LAS MEMORIAS están francamente deterioradas, tanto la de fijación como la de evocación: “A los ocho días no me acuerdo de nada”, dice ella misma. Además, en una prueba tan sencilla para la evocación como es la de enumerar los objetos que hay en una iglesia, falló totalmente al no poder evocar uno solo. Tampoco pudo recordar la fecha de su último viaje a David, cree que hace dos años (y sabemos que hace unos días estuvo en el consultorio del Dr. Caballero).

8.—LAS PERCEPCIONES se juzgaron principalmente por las manifestaciones de la enferma: En efecto, al preguntarle si era cierto que hablaba con unos parientes que bajaban del Cielo, nos afirmó que sí, que bajaban a verla por las noches para hacerle compañía. Esto nos hace pensar que a estas horas, cuando la confusión mental se hace más intensa, la enferma tiene deformaciones perceptivas del tipo de las ilusiones y pseudoalucinaciones de carácter catatímico.

RESUMIENDO: Hemos señalado algunos síntomas que presenta JMB (confusión mental, debilidad de juicio, euforia, incontinencia emocional, inestabilidad afectiva, fuga de ideas, amnesia de fijación y de evocación, labilidad atenta, pseudoalucinaciones e ilusiones, etc.) que por sí solos nos bastan para emitir una opinión diagnóstica. Afirmamos que estos síntomas conforman un síndrome psíquico llamado demencial orgánico y que en este caso, es debido a que J.M.B. PADECE DEMENCIA SENIL.

OBSERVACIONES: 1.—Debo hacer notar que la exploración de JMB se realizó a las 15 horas que son de las más inadecuadas para este tipo de enfermedades. Los dementes seniles pueden pasar el día tranquilos, relativamente lúcidos y al finalizar la tarde y durante la noche, caer en una intensa confusión mental. Por ello estas son las horas más adecuadas para explorarlos.

2.—M. Reichardt en su “Tratado de Psiquiatría”, pág. 537, escribe: “La demencia senil muchas veces

nario tuvieron que condicionarse, por obligación al “intervalo lúcido” que presenciámos y en consecuencia contradecir el primer informe. De nada hubiera servido alegar que la paciente, por ejemplo, al caer la tarde, entraba en la confusión mental orgánica que habíamos relatado. Cuando la vimos estaba lúcida y esto es suficiente para no poder afirmar la habitudad aun cuando estos pequeños intervalos sean más o menos cortos y tiendan rápidamente a desaparecer.

Y nos preguntamos nosotros, si la interdicción tiene por objeto proteger los intereses de una persona incapaz, ¿Cómo se protegen mejor, procurándole una administración controlada (vigilada) o dejándola en libertad de realizar una venta inducida en los momentos de ofuscación mental? A nuestro juicio, que tenga o no espacios lúcidos carece de interés si, cuando sale de ellos, cae en un delirio, una confusión, una amnesia, una personalidad alternada, etc. Por ello la benevolencia debe inclinarse siempre, si ha de inclinarse, en sentido benefactor hacia el incapaz.

Una incapacidad no puede estar condicionada a que la persona lo esté permanentemente y en estos casos que cursan con oscilaciones de la lucidez de conciencia menos aun. El Prof. Gispert Valabuig en su “Medicina Legal y Práctica Forense” escribe al respecto (Vol. I, pág. 143): “El enfermo confuso y desorientado puede durante leve tiempo hallarse lúcido, darse cuenta de la situación y, por lo tanto, ser capaz”. “Por este motivo, interviniendo en la cuestión concepciones teóricas diferentes, no es de extrañar que haya peritajes contradictorios que no son consecuencia de insuficiencias exploratorias”.

Estos sucesos de la Psiquiatría Forense son los que hacen impostergable la unificación de ideas jurídicas y psiquiátricas. Muchas veces sentimos que un mismo concepto no tiene para ambos dimensiones equivalentes. Y esto, al situarnos en posiciones divergentes, va a impedir a los juristas aplicar la Ley con un criterio científico. Sin

Evidentemente que el perito debe atenerse a las preguntas que se le hacen pero así mismo ha de tener siempre oportunidad, si está compenetrado en el caso —que debe estarlo— de ampliar lo que crea necesario aun cuando no se le haya preguntado directamente, pues como ya hemos dicho, estas observaciones específicamente médicas pueden conducir muchas veces a una decisión más justa del juzgador.

Es por esto que, en otra ocasión, propusimos que todo informe contuviera, además del “Decálogo médicolegal” un preámbulo que especifique bien ampliamente las circunstancias tanto ambientales como personales en que fué realizado el peritaje. Ello va a permitir al que lo leyere compenetrarse con dichas circunstancias y derivar de ellas, en algunos casos, las deducciones del perito. En el caso sub júdice la circunstancia nictemeral (primeras horas de la tarde) condicionaron la lucidez de la enferma y por ende el resultado. Si una nueva peritación se hubiera realizado en horas de la noche no extrañaría los diferentes resultados.

También creemos que el informe debe ser prolijo en la descripción del paciente para que no haya la menor duda de que se ha peritado al individuo debido. Pero por el contrario nos parece de escaso interés para el tribunal, describir con minuciosidad la exploración clínica del sujeto pues a ellos, muchas veces, no les va a interesar aspectos fuera de los que condicionan el cuestionario que desean resolver. Por supuesto que debe informarse de todas las exploraciones que condicionen cualquier afirmación que se haga, especificando el método, la técnica, el procedimiento, etc., que se ha seguido para ponerlo a la disposición de otro perito, para que el tribunal sepa con exactitud cómo se ha procedido y en fin, para que, en caso necesario, pueda ser “revivido” el acontecimiento pericial.

Solamente así podemos esperar que el sentido de justicia que conlleva toda norma legal, tenga positividad en el desenvolvimiento de nuestra vida jurídica.

El Profesor de Educación Secundaria y otras Cuestiones*

Por: PEDRO SALAZAR CHAMBERS

“Muchos servidores públicos, mal remunerados, podrían sustentar sus aspiraciones de aumento de sueldos con los argumentos de que no disfrutaban de tres meses de vacaciones, no jubilan con último sueldo, no gozan de tal o cual privilegio... etc.”. Esta fue, más o menos, la opinión de numerosos funcionarios de gobierno para con la comisión de profesores de enseñanza media que encabezó la última jornada pro-aumento de sueltos.

La increíble postura arriba anotada es motivo de profunda preocupación para algunos sectores (pensantes) del profesorado nacional porque refleja la expresión de ciertos núcleos del país que se han convertido en enemigos gratuitos del gremio de profesores, a raíz de nuestras últimas demandas y en las fórmulas de acción necesarias para alcanzarlas.

¿Por qué no son “populares” los profesores? ¿Por qué hemos realizado un movimiento pro-aumento de sueldos? ¿Cuáles son los propósitos fundamentales que nuestro gremio debe auspiciar para el futuro? Estas consideraciones y otros aspectos relacionados con lo anterior, cons-

* Durante el mes de Enero, en una edición del Dominical, apareció este trabajo que recogía y resolvía algunas cuestiones fundamentales de la reciente jornada de los profesores en pro de un aumento de sueldo. TAREAS brinda a los educadores del país este agudo análisis del Profesor Salazar Chambers, esta vez en forma de ensayo y mejorado en su contenido, como una contribución hacia la superación integral de maestros y profesoras.

y transamos por B/.250 con B/.10 cada dos años. Eso resume la situación numérica.

Nuestras aspiraciones económicas son justas porque así lo plantea la realidad económica del país. Los profesores hemos sostenido que otros grupos profesionales y laborales tienen problemas, necesidades y derechos. La estructura económica del país pone de manifiesto que los sueldos públicos corresponden a etapas económicas que este país tiene que superar, siguiendo un proceso específico de desarrollo. Médicos, enfermeras, maestras, oficinistas, guardias y otros servidores del Estado no pueden subsistir con los emolumentos que devengan; pero es el caso que el profesor tampoco puede. Individualmente, como tantos miles de panameños de la ciudad y el campo, es un ser de carne y hueso, con agobiantes problemas y con escasas posibilidades de superación económica. Sufrimos, con nuestros hermanos los maestros, de una gran cantidad de erogaciones que nos arrojan en manos de usureros y préstamos bancarios que se tornan endémicos. ¿Puede haber paz mental, tan necesaria en nuestra profesión, en tales condiciones? Que lo diga un Honorable Diputado con sus B/.750 mensuales, o ciertos médicos privilegiados, algunos arquitectos e ingenieros, técnicos especializados, etc. Sin embargo, algunos sectores, incluso populares, se han ensañado con el gremio, injustamente, a mi parecer. Y es bueno insistir en lo siguiente: un profesor requiere un promedio de 6 años de educación universitaria especializada y muchos lo cursan en prestigiosas universidades extranjeras. Sabemos del caso de Doctores, brillantes investigadores y filósofos que a duras penas subsisten en su medio económico con los B/.225 mensuales. La carrera universitaria panameña es ardua y sacrificada. cuesta mucha dinero y

la actual estructura económica del país no es posible aumentar los sueldos de los servidores estatales que lo exigen con premura. ¿Qué significa lo anterior? ¿En qué se traduce la Alianza para el Progreso y otras actitudes que prometen un cambio estructural de nuestra realidad económica y social? ¿Es que se piensa que el problema fundamental de nuestro pueblo —desempleo alarmante y bajos salarios— puede resolverse únicamente con “siembras” de escuelas y construcción de barriadas residenciales? ¿Lo que se quiere es que miles de panameños responsables y respetuosos de las leyes sigamos idealizando el hambre y las necesidades de nuestras familias? En tales condiciones se hace difícil creer en una austeridad que golpea a los más débiles cuando la superabundancia existe para unos pocos. En Panamá hay miseria y desesperación; hay grandes injusticias e inmoralidades y el Estado no puede alegar incapacidad. Tristeza e inutilidad la de un gobierno que reconoce que nuestra crisis integral no puede ser superada con las estructuras mentales y económicas consolidadas.

El profesor es eficiente y trabajador.

Nosotros no planteamos ni decretamos los días feriados: eso viene de arriba. El profesor y el maestro no son culpables y se duelen de las débiles estructuras económicas y sociales de la familia panameña que no estimulan ni propician el cultivo intelectual... nosotros no hemos creado este medio tan hostil al pensamiento creador. El profesor y el maestro no son dueños de televisoras, prensa, radio y cine que tanto contribuyen a diluir y tergiversar el verdadero estudio y disciplina mental que inculcamos a nuestros alumnos. Siempre se nos culpa de la mediocridad que se observa en casi todas las manifestaciones del país. Somos parte del cuadro general, nos preocupa hondamente, pero no se nos achaca responsabilidad directa.

Profesores y maestros no inventamos los llamados “3 meses de vacaciones pagadas”; ello es así porque el niño y el adolescente, para su normal desarrollo intelectual y físico,

necesitan un promedio de un mes de vacaciones por cada tres de estudio. Por otra parte, durante ese tiempo estamos a disposición del Ministerio de Educación y a ese organismo corresponde planificar, en forma racional, de ese tiempo que debe ser aprovechado para estudiar o preparar el material de trabajo del año siguiente, viajes de estudio e investigación y otros asuntos relacionados con nuestras específicas condiciones de trabajo. Por lo tanto, carecen de fundamento ciertas críticas que algunos sectores, mal intencionados o mal informados, formulan con respecto a las "vacaciones" pagadas de maestros y profesores. Además, lo de la jubilación con último sueldo es una incógnita para el profesor que se inicia. Se sostiene que tarde o temprano perderemos ese beneficio porque el Estado no la resiste, como tampoco otras de magistrados, ministros, embajadores, etc. De todos modos, estaremos alerta para defender esa conquista.

Pero lo que muy pocos conocen y mencionan es el agotador trabajo nocturno preparando clases, corrigiendo pruebas, laborar horas extraordinarias de consejería, etc. A todo esto habría que agregar las condiciones todavía precarias de la escuela pública panameña de salones antihigiénicos, estrechos e inadecuados, con 50 o más alumnos mal nutridos y subintelectualizados. En realidad, es una profesión ingrata y poco comprendida. Es muy cómodo esgrimir argumentos desde la plaza, la calle y la prensa sin evaluar con ecuanimidad el trabajo creador, disciplinado y responsable de cientos de maestros y profesores... es muy fácil romper la cuerda por el lado más débil. Pero la verdad es que en Panamá existe una alarmante sub-utilización de los recursos humanos. Muy pocos sectores profesionales dan todo de sí para cumplir con sus obligaciones y algunos, incluso, devengan altísimos sueldos. Lo que se afirma es doloroso pero verídico. El profesor y el maestro no escapan de esta corriente de "botellismo" que hasta el Estado panameño, en ciertas etapas, ha auspiciado. Claro que hay malos profesores y maestros... pero ese cuadro

de deficiencia profesional y laboral es nacional, con las excepciones de siempre...

Hay malos ingenieros, arquitectos, médicos, abogados, periodistas, diputados, ministros y hasta presidentes y es ésa situación la que merecería meditaciones hondas en torno a sus causas.

¿Qué se quería entonces? ¿Que esperemos a que el guardia, enfermera o maestra devenguen B/.200 o B/.300 mensuales para dejar sentir nuestra voz? ¿Que seamos "conscientes" y pacientes frente a situaciones nacionales insostenibles? Si hubiéramos logrado la unidad con otros sectores entonces el gobierno se hubiera visto frente a un verdadero problema; pero esa situación no se dió porque las condiciones no estaban lo suficientemente maduras, para bien o para mal.

El movimiento de los profesores abrió fórmulas de lucha que otros sectores gremiales, mal remunerados, han aprovechado con justa razón. Ese es un problema típico de gobierno ya que los acontecimientos no siempre se presentan en bandeja de plata. Nuestras demandas irritaron a ciertos funcionarios públicos que nos pedían conciencia y responsabilidad. Pero las cosas se ven muy distintas desde arriba y las recomendaciones no sirven cuando no se está en cierta posición porque chocan con la triste realidad.

¿Por qué no son "populares" los profesores?

Algunos profesores y maestros —no todos—, determinados por ciertas situaciones ambientales, han descuidado los principios y postulados que sustentan nuestra profesión.

Algunos profesores y maestros —no todos—, muy pocos, por situación de vínculos personales, otros empleos, etc., totalizan una buena entrada económica que les permite vivir en cierta holgura; entre éstos encontramos a los poquísimos que fueron indiferentes a nuestro movimiento y hasta se convirtieron en "esquiroles" y divisionistas. Se trata del específico fenómeno social de "desclasamiento"

oportunista, por un lado y “proletarización”, por el otro. Son dos fuerzas dialécticas que se manifiestan en todo gremio... afirmación y negación.

Algunos profesores y maestros —no todos—, están deficientemente preparados, no se superan ni cumplen a cabalidad sus funciones académicas. Es la mediocridad profesional que ya hemos señalado y que en nuestro oficio hace mucho daño por ser más visible, dada la naturaleza del trabajo realizado.

Algunos profesores y maestros —no todos—, han guardado silencio de complicidad frente a ciertas irregularidades, vicios y violaciones en el campo educativo y frente a la problemática nacional; nos hemos marginado en ciertos momentos en que la ciudadanía esperaba del profesorado pronunciamientos oportunos, claros y enérgicos. Esa actitud de “apoliticismo” absurdo ha hecho antipáticos a muchos profesores.

Algunos profesores y maestros —no todos—, y muchos panameños, son el reflejo de una situación laboral decadente en que se actúa de acuerdo con la ley del camino más fácil. Es un cuadro general de América Latina que tiene mucho que ver con las contradicciones inherentes a una estructura económica y social moribunda. Eso tiene que cambiar, como ley histórica, y algunos de nosotros tratamos de encaminar nuestro pensamiento y acción por ese derrotero de transformación.

El profesor no es “popular” porque lo popular en Panamá está tan organizado que se ha hecho privilegio de algunos pocos... es frecuente encontrar lo vulgar, mediocre, oportunista o mal intencionado incluido dentro de lo popular. Esto también constituye el reflejo de una tabla de valores muy enferma, casi agónica.

El profesor y el maestro panameños, intelectuales en un país precariamente intelectualizado no tienen cabida de ninguna clase porque no se consume lo que producimos o se digiere muy mal. Los niños que educamos provienen

de masivos estratos populares... cuando un número determinado de profesores o maestros no cumplen con sus deberes, eso trasciende a los hogares y a la opinión pública. El trabajo positivo, el esfuerzo, la preocupación y la responsabilidad se consideran hechos normales, aquello no trasciende. ¿Cómo vamos a ser “populares”?

¿Cómo se consolidó nuestro triunfo parcial?

Por la notable unidad del profesorado que se definió con decisión en torno a las exigencias físicas y morales del movimiento. Esa actitud es positiva ya que hacía mucho tiempo que el profesor de educación secundaria se mantenía impasible frente a infinidad de situaciones. Hay que robustecer esa unidad y encauzarla hacia problemas de mayor densidad, especialmente en la esfera específica de la educación;

Por la presencia del sector joven del profesorado, animado de inquietudes que han de beneficiar al gremio. Junto a ellos, la experiencia de unidades “fogueadas” en jornadas anteriores;

Por la capacidad de nuestros dirigentes que supieron orientar el movimiento de acuerdo con los planteamientos y actitudes de las bases;

Por la inestabilidad política que atraviesa el país y la falta de cálculos correctos de parte de los hombres en función de gobierno. En verdad, se creyó que el movimiento de los profesores podría crecer hasta convertirse en grave problema de imprevisible solución. Esta actitud subjetiva y metafísica nos favoreció;

Por la falta de tacto y habilidad política de ciertos diputados, uno en particular, que resintieron nuestra sensibilidad gremial y precipitaron el famoso paro. Esos representantes del pueblo, algunos de ellos, intentaron dividir, sin lograrlo, a distintos profesionales que se estiman y respetan cual son enfermeras, maestras, profesores y guardias, gente de pueblo con identidades caracterizantes.

Los propósitos del futuro.

Hay que afianzar y defender las conquistas logradas por las luchas de los que nos precedieron; se hace necesario que el profesorado responsable y consciente denuncie con valentía la mediocridad y falacia donde se encuentren y el oportunismo fenicio de aquellos que han querido convertir la educación en una profesión de segunda categoría, por defender posiciones y lucros transitorios.

Es urgente encaminar reformas científicas, planificadas con criterio profesional, que tiendan al estímulo y la superación del magisterio nacional para que la educación que impartimos a nuestro pueblo sea más eficiente, dinámica y moderna.

Es necesario que maestros y profesores nos unamos cuanto antes, dejando a un lado pequeños y nefastos intereses que han encrudecido nuestras deficiencias, posibilidades de superación y de acción social. Tenemos, ya es tiempo, que volver a ocupar nuestra posición de intelectuales y orientadores del pueblo panameño y no actuar a espaldas de él o indiferente a sus preocupaciones fundamentales.

Es dramáticamente urgente demostrar a la ciudadanía que el país atraviesa por una crisis moral de primer orden, derivada de circunstancias diversas y que, para salvar a Panamá de una situación caótica e imprevisible, es menester el concurso de todos porque el cuadro general de descomposición es producto, en parte, de nuestra apatía, irresponsabilidad y falta de panameñidad.

SIMBOLISMO DE LOS VESTIDOS DE MACBETH

Por: ZELMA YOLANDA DE AGUILAR

— I —

Si tuviéramos que justificar nuestro ensayo bastaría afirmar que el estudio de los clásicos debe ser permanente. Ortega escribió: “Lo clásico es el embrión de la cultura, con sentido perenne de ella”.

No podemos aficionarnos a ningún arte ni ciencia, sin antes habernos zambullido en el conocimiento, comprensión y meditación de aquellos que, por su carácter formativo, pasaron al altar de los clásicos; porque siempre que queramos saber de algo debemos empezar por conocerlo en todas sus etapas formativas.

Es evidente que el carácter de clásico lleva implícitos los calificativos de perfección, pureza, irreprochabilidad, etc. Pero no es menos evidente también que en torno a ellos se ha elucubrado toda una superstición que inhibe a la inmensa mayoría de sus estudiosos para juzgar con objetividad sus contenidos. Tememos, ante un clásico, expresar insatisfacción; evitamos la censura inhibida por ese sentimiento de sobrecogimiento que a todos hizo proclamarla perfecta. Y sin embargo ¡cuántos clásicos no pecaron de insinceros, formalistas y utópicos! Pudiendo aducir en su defensa, únicamente, que su labor es algo inferior a sus facultades.

Pero esta censura nuestra en ningún modo pretende restar ampulosidad a la obra clásica, más bien podría humanizarla atrayéndola hacia los que pretenden ver en

sus creadores, unas mentalidades tan encumbradas que caen fuera de nuestro alcance.

Ya veremos más adelante cómo Shakespeare también comete sus errores a pesar de juzgarle un amplio sector de la crítica, como “el más prudente, el más sabio, el más consciente y el más armonioso de los poetas”. Leemos en él, frecuentes latinismos, olvidos de palabras, anacronismos imperdonables, contradicciones, etc. Sin embargo, repetimos, su obra es clásica por cuanto es formativa; constituye un repertorio de pensamientos claros que intuyen ampliamente todas las inquietudes humanas.

Y para terminar esta introducción manifestamos nuestro dolor por el olvido en que se encuentra hoy lo cultural y el desprecio general que se manifiesta por lo clásico, sin tener en cuenta que no existe superación pedagógica sin comulgar con los clásicos igual que no puede estimularse la virtud sin meditar con los santos.

— II —

En este trabajo nos proponemos analizar el vestuario de Macbeth con el propósito de deducir de él la tesis del drama y al mismo tiempo dar un nuevo punto de vista que contribuya a la comprensión global o que enriquezca la visión de la unidad como un todo.

Shakespeare era un hombre extraordinariamente interesado en las reacciones humanas, la psicología del “hombre de la calle”. Por esta razón es imposible prescindir de un conocimiento mínimo de las creencias, costumbres, prejuicios, etc., del individuo de aquella época elizabethiana.

En primer lugar tengamos en cuenta que por aquel entonces ya se aceptaba el principio “man is not something by himself, he is, as Ramón Sabund says, a piece of the order of things, he is the knot and chain of nature”. El hombre tiene una misión en el Universo y para realizarla ampliamente debe conocerse a sí mismo y a su ambiente,

separado del cual él es inconcebible. En otras palabras, él debe comprender la ordenación universal porque él es parte esencial de su estructura.

Este conocimiento de sí mismo constituye un centro de interés que ha de atraer a todos los pensadores de aquella época. No puede extrañarnos por ello que "Shakespeare acompañando a la naturaleza", como dijo Goethe, consiguiera que en su obra todos los personajes llegaran a ser plenamente, pues este y no otro era el fin de su drama: desvelar, para su mejor conocimiento, el alma humana. Y con prolijo quehacer los nutría de la carga estética más adecuadamente intensa para lograr un perfecto equilibrio emocional.

En segundo lugar tenemos que valorar la evolución del pensamiento folklórico inglés, recién comenzada por aquel entonces y que propendía a convertirse en psicología, al colocar en primer plano a la experiencia sensible (sensualismo). Estamos seguros de que en la mente de Shakespeare bullían ya estas nuevas ideas, porque, a tal extremo llegan sus obras, en la identificación con ellas, que fueron atribuidas a uno de sus precursores (Bacon). La concepción pesimista que del hombre tenía Hobbes ("homo homini lupus" — el hombre es un lobo para el hombre) la vemos plenamente conseguida en los dramas de Shakespeare. Para Hobbes el hombre está dotado de poderes que los usa a su arbitrio (pasiones) induciéndole, para satisfacerlos, a atacar a los demás hombres y a desconfiar de ellos, "estado natural del ser humano", como decía. En Shakespeare encontramos la caricatura de los hombres esclavizados por su pasiones; Otelo, dominado por los celos, Macbeth por la ambición. Exalta de este modo los poderes ocultos, las pasiones, al extremo de hacerlas victoriosas sobre la voluntad y facultarlas para imponer la conducta. Evoquemos nuevamente el pensamiento de Hobbes: "La voluntad no es libre; todo acontecer tiene su determinismo natural". Y así mismo a Bacon: "Natura

non nisi parendo vincitur” (no se vence a la naturaleza más que obedeciéndola).

Hay por lo tanto en sus obras, un fin profundo y transcendente, que marca la pauta de su poesía apoyada en alusiones simbólicas y fantasmagóricas.

Un tercer aspecto ponderable se deduce también de las concepciones de aquel entonces. Nos estamos refiriendo a la aceptación del origen transcendente admitido en los órdenes político, moral y social. Tres órdenes que componían el todo de una unidad inconmensurable, “leviatánica”, concedida a una sola persona; el rey. A tal extremo que si el Estado (Hobbes) no reconocía la religión, ésta quedaba reducida a superstición. Y el hombre elizabethiano estaba ya preocupado por la violación de este orden aceptado. Preocupación que va a sumarse a la anteriormente citada que deduce la congoja por la diferencia entre el hombre tal como es y tal como debe ser; es decir, la diferencia entre la apariencia y la realidad.

Ya veremos cómo el atuendo de Macbeth le sirve a Shakespeare para demostrar la diferencia entre una y otra realidad. En cada una de sus obras vemos un pequeño Universo (“microcosmos”) en el que ha condensado todos los valores del mundo real (“Macrocósmos”), expuestos con la amplitud, densidad y tonalidad, exigidas a su brevedad y caricaturización.

— III —

La incógnita de los simbolismos de Shakespeare ha sido citada por muchos autores, pero no conocemos, sin embargo, quien haya estudiado el análisis de su contenido en el vestuario de Macbeth. Spurgeon en “Leading Motives in the Imagery of Shakespeare’s Tragedies” afirmó que Shakespeare se sirve de los simbolismos para expresar más ampliamente como él siente la tesis de su drama. No se detiene a analizar ninguno de ellos limitándose a enumerar solamente, los que aparecen en sus obras.

Nosotros también vemos en los simbolismos empleados por Shakespeare, un centro más de interés por cuanto nos permiten ampliar el conocimiento de sus personajes. Con ellos consigue unas veces rapidez en el concepto, otras amplitud y las más incrementar la profundidad del concepto que quiere inculcarnos, haciendo exuberante y prolifera la idea matriz que alumbrá nuevas consecuencias.

Entre las diferentes series de simbolismos a que acude Shakespeare, reverberación de sonidos, luminosidad (como expresión de bondad, vida o virtud), enfermedad, (como expresión de pecado) nos vamos a ocupar exclusivamente del valor simbólico de los vestidos de Macbeth.

Cuando Shakespeare se refiere a las ropas de Macbeth siempre las define como prendas inadecuadas, que no se le adaptan, que le vienen grandes, dando la impresión de que pertenecieran a otra persona. Más adelante iremos viendo cómo estos factores, intrascendentes en otros personajes dramáticos, vienen a expresar, en el drama shakespeariano, un proceso de degradación de la personalidad de Macbeth.

La primera alusión al vestuario del personaje lo hace en la tercera escena del acto I, cuando Macbeth, al recibir la noticia de haber sido nombrado Thane de Cawdor, exclama:

**“The Thane of Cawdor lives, why do you dress me
In borrow’d robes?”**

(El Thane de Cawdor vive; ¿Por qué me vestís con ropas prestadas?)

Es fácil deducir, conocida la personalidad de Macbeth, que esto es cuanto él ve en su nueva posición; para él la distinción real es sólo un disfraz, es solamente algo para colocarse encima y recibir con ello cuantos atributos precise el nuevo personaje. Macbeth cree que la apariencia concede interioridad, mejor dicho, cree que la apariencia arropa, vela, la intimidad y que ésta puede pasar desapercibida.

cibida si no es la adecuada. Tiene pues este simbolismo, la transcendencia de proyectarnos, en una sola frase, toda la concepción que Macbeth tenía de lo que supone la posición social recientemente adquirida. Por lo tanto nos permite, en un solo instante, conocer un aspecto más de la personalidad del personaje, al vislumbrar que su conciencia de responsabilidad, sentido de posición social, concepto profesional, en una palabra la constelación de “los valores” en él carecen de significado.

Pero además, la circunstancia de adquirirlas con limitación de tiempo (“prestadas”), hace traslucir su sentimiento de inseguridad. ¿Cuánto tiempo —debía estar diciéndole su subconsciente— podré yo estar pasando desapercibido? Ese amargor inconsciente, producto de la inseguridad en sí mismo, es el que le arranca el lamento de “ropas prestadas”.

Más tarde veremos cómo Shakespeare vuelve sobre este punto para afirmar que la imposición de la vestimenta no le dará los atributos inherentes al cargo.

Pocos minutos después de la alusión referida, cuando la profecía segunda de las brujas fué cumplida y Macbeth se encuentra absorto en sus oscuras y ambiciosas maquinaciones, vemos la segunda cita simbólica cuando Banquo observándolo dice:

“New honours come upon him, like our strange garments, cleave not to their mould”.

(Los nuevos honores le sientan como vestidos ajenos, que no ajustan a su molde si no con la ayuda del uso.)

Aun estábamos comenzando el drama, todavía no se sabía la corrupción posterior del personaje y ya el suspicaz Banquo ve estos honores, con los que ha sido distinguido Macbeth, como vestidos extraños, que no le ajustan, que parecen pertenecer a otra persona. El sabe que “el hábito no hace al monje” y prevee todo cuanto ha de suceder a la persona que, sin dotes personales, es investido

con semejantes honores. Pronto nosotros estaremos de acuerdo con él cuando veamos cómo estos honores conferidos por el rey, con la consiguiente consideración popular que supondrían, serían usados como máscara para cubrir sus pecaminosas intenciones.

L. Astrana Marín traduce lo anterior así: “Los nuevos honores le sientan como vestidos recién hechos; no tomarán su forma si no con ayuda del uso”.

En primer lugar no es aceptable esta traducción porque Shakespeare dijo bien claro otra cosa. Pareciera no obstante, en una traducción libre, ser más comprensible la versión de Marín, sin embargo, si nos compenetramos con el pensamiento del autor, veremos cómo la traducción literal es más rica en contenido simbólico. En efecto, dice que los nuevos honores le sientan como vestidos ajenos; con ello está diciendo claramente que al ser ajenos nunca le servirían porque fueron hechos para otro. Pero, y ahí está la supuesta paradoja, a continuación afirma: ...“Que no ajustan a su molde si no con ayuda del uso”. Es perfectamente rechazable que un vestido ajeno pueda adaptarse con el uso si no lo fué desde un principio. Entonces, ¿qué quiso decir con ello? Es muy probable que estuviera recurriendo a un fenómeno que frecuentemente sucede cuando un individuo se atavía con una prenda que le sienta mal. La primera vez que la luce llama la atención, la vigésima estamos habituados y nos parece bien. Esto es pues lo que pensaba iba a ocurrir con el uso, que la gente se acostumbraría a verlo y creerían que le sentaba mejor, es decir, un fenómeno de adaptación visual puramente ilusorio. No es que los vestidos le sentaran mejor sino que ya se habituaban a verle con ellos.

Es decir, y ésto es lo transcendente, pase el tiempo que pase los vestidos y con ellos los atributos de una nueva personalidad, le serán extraños, no podrán identificarse con él. Parecerá que se le ajustan pero la realidad será otra (“fair is fould and fould is fair”).— Act. 1, esc. 1).

Pero hay más contenido aun en este florido simbolismo. Él nos lleva de la mano sobre los malos gobernantes que, a fuerza de sufrirlos el pueblo, ya no les parecen tan malos y sin embargo nunca llegan a "ajustar sus vestiduras" de gobernantes.

Después que el rey ha sido asesinado y sus dos hijos huídos del país, el honor de reinar cae sobre Macbeth que va a Scone "a ser investido" ("To be invested"; Acto II, esc. 4). Los honores que los hijos de Duncan han perdido los recibe "el más noble Macbeth". Sin embargo el hecho que destaca Shakespeare es que estos nuevos ropajes que recibe, como expresión de su nueva jerarquía, le dan nuevos poderes pero no le añaden las virtudes inmanentes de la personalidad real ("but none of the king becoming graces"; Acto IV, esc. 3). Recuérdese que en aquella época la personalidad real por ser atributo, además de humano divino, concedía virtudes como la justicia indiscutible, bondad, piedad, serenidad, templanza, etc. Cualidades estas totalmente ajenas a Macbeth que se caracterizaba por la avaricia, lujuria, ambición de poder e injusticia. Una vez más nos demuestra Shakespeare el engaño de la apariencia valiéndose de los vestidos. Por su ropaje Macbeth es todo un rey, atuendo real le ha sido conferido; sin embargo únicamente pudieron concederle las vestiduras, el disfraz, porque condición y personalidad real, la de aquel entonces, no pueden serle dadas. Con las vestiduras sólo encubrieron su maldad, es decir, vuelve a demostrarnos Shakespeare que las cosas no son como parecen.

Pero no solamente de las vestiduras se sirve Shakespeare para mantener la tesis de la apariencia engañosa. Son variadas las situaciones en que repite este aspecto del contenido dramático. Recuérdese el diálogo siguiente entre Lady Macbeth y Macbeth:

**"Conferirle la preferencia en vuestras palabras y miradas:
Triste necesidad que debemos, por prudencia, lavar nuestros
honores**

en los torrentes de la adulación y hacer de nuestras caras

máscaras de nuestros corazones para ocultar lo que somos”.
(Act. III, esc. 2).

Este diálogo manifiesta una vez más la tesis de Shakespeare de que no hay comunión entre apariencia y realidad: (“Fair is fould, and fould is fair”. — Acto I; esc. 2).

Una vez más acude al simbolismo en el Acto II esc., 4. Con motivo de la coronación, dice Macdoff a su amigo Ross:

**“Bueno, que nuestros vestidos nuevos sean
más cómodos que los viejos”.**

Este simbolismo tiene como característica diferencial que las vestiduras simbolizan ahora la nueva situación originada con el advenimiento de un nuevo rey. Estábamos acostumbrados a deducir de las vestiduras, el estado anímico de Macbeth pero ahora ellas no deducen este aspecto sino la consecuencia de un nuevo rey en las concesiones de sus valedos. Los vestidos nuevos simbolizan el orden venidero que se ha de imponer en los súbditos y que ellos temen no sea tan placentero como el anterior. Es pues un simbolismo dubitativo impregnado de malos presagios. Los súbditos manifiestan incertidumbre ante la nueva situación. Hay algo indefinible en el ambiente, que les torna temerosos. El recelo se aloja en sus corazones que comienzan a angustiarse.

Un hecho que no podemos pasar por alto ya que confirma una de nuestras anteriores afirmaciones, es el siguiente: En todas las traducciones efectuadas del original se lee la cita anteriormente escrita, sin embargo en el texto de Shakespeare dice exactamente lo contrario: (“Lest our old robes sit easier than our new”; es decir, “que nuestros viejos vestidos nos sienten mejor que los nuevos”). Aquí coincidimos con todos los traductores consultados al invertir el sentido de la frase. Todos los que lean a Shakespeare lo suficiente coincidirán en que dicho autor comete muchos errores de este tipo porque nunca corrigió sus escritos, nunca respetó lo cronológico, etc. Es pues una de tantas distracciones que cualquier autor puede cometer y que

quedan subsanadas en cuanto se toman la molestia de corregir.

Y para terminar con el último simbolismo a que nos vamos a referir, citamos las palabras del noble Angus quien, vívidamente, expresa y sumariza la esencia del pensamiento engendrado en las mentes de todos desde que Macbeth ascendió al trono:

**“Now does he feels his title
Hang loose about him like
Upon a dwarfish thief”.
a giant’s robe**

(En fin su dignidad real flota, alrededor de él, como el manto de un gigante que hubiera robado un enano).

Este último simbolismo no precisa un análisis detenido por su claridad meridiana. Fácil es comprender que la cualidad real puede perfectamente ser representada por el “manto” que, desde siglos atrás, se otorgaba a los monarcas de casi todas las culturas. Así mismo es deducible que no solamente no se le ajustara, sino que incluso, ni le arrojara; pues “flotaba” lejos de él, distante. Duncan, hombre grande, bien proporcionado (de grandeza y belleza espiritual), manso y virtuoso, no podía ceder su manto al cuerpo pequeño del innoble, malvado y degradado Macbeth.

Nos está indicando con ello que todas las ignominias cometidas por el rey le han “desnudado” delante de sus súbditos y sus ropajes (símbolos de cualidades reales) flotan ya huyendo de él, mostrando al desnudo una personalidad que ya no es real ni en la apariencia.

— IV —

A través de la meditación y análisis que hemos realizado en esta obra de arte que es el drama shakespeariano de Macbeth, y en particular del simbolismo de los vestidos, llegamos al convencimiento de que Shakespeare, el poeta y el hombre, estaba grandemente preocupado por los conflictos psicológicos de sus semejantes y la repercusión de

los mismos en el orden social, político y moral del Estado y Universo.

La violación del orden establecido la presenta en la obra comenzando por el mismo Macbeth, puesto que él es el individuo representativo cuyos crímenes e injusticias han creado el caos en el Estado y en el Universo, como consecuencia de su desequilibrio anímico. La destrucción de este orden aparece en el drama mediante el conflicto de "apariencia y realidad", la lucha de lo bueno y lo malo (tesis fundamental), ingeniosamente dramatizado mediante el simbolismo de los ropajes. Todo iba perfectamente hasta que Macbeth asesina al rey, rompe su equilibrio, y aparece el desorden manifestado en sus vestiduras que ya no le sientan bien. El proceso de su degradación posterior se irá objetivando mediante la desadaptación consiguiente de los ropajes que cada vez le sentarán peor.

Pero téngase en cuenta que este elemento del vestuario es solamente una parte del todo dramático. Ello es lo maravilloso y grandioso de la exposición shakespeariana por cuanto todos los elementos y cada uno de ellos, contribuyen aislada y globalmente, al efecto temático total sin perder dramatismo ni belleza poética.

BIBLIOGRAFIA

- 1.—SHAKESPEARE, William, *Macbeth*, in W. J. Craig, *The Complete Works of William Shakespeare*, London, Oxford University, 1947.
- 2.—SPENCER, Theodore, *Shakespeare and the Nature of Man*, New York, Macmillan, 1943.
- 3.—SPURGEON, C. F. E., *Leading Motives in the Imagery of Shakespeare's Tragedies*, in A. Bradby, *Shakespeare Criticism 1915-1935*, London, Oxford University, 1936.
- 4.—MARIAS, Julian, *Historia de la Filosofía*, Revista de Occidente, Madrid.
- 5.—ORTEGA y GASSET, *Obras Completas*, Revista de Occidente, Madrid.
- 6.—SHAKESPEARE, William, *Obras Completas*, (Traducción-Luis Astrana Marín) Madrid, 1951.
- 7.—The Harvard Classics, *French and English Philosophers*, P. F. Collier & Son Corporation, New York.

J O S E D E J E S U S M A R T I N E Z

E N E M I G O S

(PIEZA EN DOS ACTOS)

HOMENAJE A DON ENRIQUE RUIZ VERNACCI

Personajes: TRES HOMBRES.

Lugar del suceso: MEXICO.

Durante la Revolución.

PRIMER ACTO

Piedra y vegetal. A unos veinticinco metros de la carretera, a donde se va por una especie de cañón que forman dos piedras muy grandes. Esta salida natural es la única que hay. Todo lo demás está sitiado por la selva. Es una especie de isla. Tarde en la tarde. La poca luz que queda se va recogiendo poco a poco para seguir el mismo camino del sol, que ya se ha puesto. Anochecerá durante el transcurso de la primera parte del primer acto.

(Llega un hombre sudoroso, cansado. Ha estado corriendo. Mira hacia atrás y sonríe. Se sienta sobre una piedra, de espaldas al sitio por donde entró, y se acaricia la cara. Poco a poco comienza a brotar ese estrato de su persona que la guerra recubrió de barro y odio. Sonríe otra vez. Esta vez es una sonrisa de vencedor ante los que creen en la docilidad del alma humana. Se quita las pesadas botas y se soba los pies con cariño. Los ve. También para ellos tiene una callada sonrisa. Una sonrisa de agradecimiento. Les da unos golpecitos como para felicitarlos y se los vuelve a acariciar, como si fueran perros fieles. Estando en esto, comienza a recordar y, sin dejar de acariciarse los pies, echa para atrás la cabeza y tararea una canción lejana. Es como si estuviera siguiendo, imitando lo que en su memoria escuchaba. De pronto, desde algún sitio inesperado, salta otro recuerdo más urgente e inmediato. Interrumpe la canción y cambia de cara. Vuelve otra vez a ver por donde entró y se calza las botas. En ello está cuando por el mismo sitio entra otro hombre. El hombre primero no lo ve por estar de espaldas. El hombre segundo desenfunda inmediatamente su pistola, pero al darse cuenta de que no ha sido visto siente de pronto unas ganas de huir, de salir corriendo. Tembloroso, comienza a retroceder, pero el primer paso que da hacia la huida tropieza con una rama seca cuyo crujido lo delata. El hombre primero se inmoviliza en su gesto de estar amarrándose los cordones de las botas. No se atreve a mirar hacia atrás. El hombre segundo está encañonándolo. Le tiembla la mano. Pero no se mueve, no dice nada. Todavía tiene la esperanza de que de alguna forma no se haya dado cuenta de su presencia. Al fin, el hombre primero se resuelve a volver la cabeza poco a poco. Es entonces cuando el segundo le grita)

HOMBRE SEGUNDO.—¡No se mueva! (El hombre primero alza los brazos)

HOMBRE PRIMERO.—Un momento. No dispare. (Empieza de nuevo a volver la cabeza)

SEGUNDO.—¡No se mueva! ¡No me mire! Levántese. (Primero le obedece) Suba más las manos. ¡Más! En el momento en que se vuelva le suelto plomo. Le estoy apuntando a la cabeza. Ya lo sabe. (Ha ido retrocediendo hasta salir)

(Pausa. El hombre primero, que esperaba la muerte con alguna entereza al principio, comienza a temblar y a fruncir el entrecejo)

PRIMERO.—¡Dispara! ¡Dispara rápido!

(El hombre segundo vuelve a entrar, con los brazos en alto. Inmediatamente después entra un tercer hombre, de típico porte ranchero, encañonando con su rifle a Segundo)

HOMBRE TERCERO.—(A Primero) Creo que le he salvado la vida, ¿eh amigo? (Primero se vuelve) Téngalo, mátelo usted. Le pertenece. (Primero desenfunda y encañona a Segundo)

PRIMERO.—Por eso no querías que te viera, ¿verdad? No tienes cara de asesino.

TERCERO.—Es un cobarde. Estaba temblando como una hoja cuando me lo encontré. Y yéndose para atrás, porque éste es de los que no pueden matar de cerca.

SEGUNDO.—(Ve las dos armas que lo amenazan) Me parece que no estoy temblando ahora.

PRIMERO.—Es más fácil morir que matar, ¿verdad?

SEGUNDO.—Acaben de una vez.

PRIMERO.—Esperar. Eso es lo peor.

SEGUNDO.—Acaba de una vez.

TERCERO.—Tire, amigo, tire.

PRIMERO.—Me salvaste la vida. Quizás debemos salvarla también a éste. (Transición) ¿Por qué...?

TERCERO.—¿Por qué, qué?

PRIMERO.—¿Por qué me salvaste la vida?

TERCERO.—Pasaba. Vi a éste. (Gesto de ¿quién sabe?)

PRIMERO.—Mientras sucedan cosas así, que un desconocido ayuda a otro..., mientras sucedan cosas así, todavía hay remedio. (A Segundo) ¿Comprendes?

TERCERO.—No sea tonto. Mátelo. El lo iba a matar a usted. Tire.

PRIMERO.—(A Segundo) ¿De qué bando eres?

SEGUNDO.—Me van a matar, ¿para qué andan con rodeos? (Transición) Espera. Pensemos. Si ustedes dos no son amigos, si no se han visto antes, tampoco saben a qué bando pertenecen. Ni saben a qué bando pertenezco yo. (A Primero) Quizás tú y yo seamos del mismo bando, ¿eh? Nos podríamos cargar a éste. Dos contra uno. Es fácil. (A Tercero) O tú y yo, encargarnos de que se vaya éste a los infiernos. De cualquier bando que yo sea, soy del mismo del de uno de ustedes.

PRIMERO.—Más te valiera rezar que quererte salir con las tuyas. Si hay alguien a quien odio es a la gente como tú que embrolla las cosas pensando. (Prensa el gatillo) Reza.

SEGUNDO.—No creo que haya necesidad. No vas a disparar.

PRIMERO.—(A Tercero) ¿De qué bando es usted, compañero?

TERCERO.—(Lo encañona) No. Usted a mí primero. ¿A qué lado pertenece, al federal o al revolucionario?

SEGUNDO.—Eso. Que te lo diga él primero, porque en el momento de decirselo tú, si no eres de su mismo bando, antes de que termines te llenará la barriga de plomo caliente. (Comienza a bajar las manos)

TERCERO.—No baje las manos. Este y yo seguramente somos del mismo bando.

SEGUNDO.—Bueno. Pregúntaselo.

(Primero y Tercero se miran, luego se encañonan mutuamente)

SEGUNDO.—No quiere. Dile tú.

(Lo mismo. Segundo ríe un poco y baja las manos. Encañona con su pistola a los dos, los dos lo encañonan a él rápidamente, y él, riéndose, enfunda la pistola, probando con ese gesto que todos están con las manos atadas)

SEGUNDO.—Aquí la solución de cada uno es matar a los otros dos. Pero en el momento de matar a uno, el otro lo mataría a él. (A Tercero) Usted, con ese rifle, es el que está en peores condiciones. Porque ese no será uno de esos rifles modernos que tiran un tiro detrás de otro. (Lo ve) No. Antes de poner la otra bala ya tendría una en la cabeza. Otra solución es la de averiguar a qué bando pertenecemos, porque dos de nosotros necesariamente hemos de ser del mismo bando. Basta que estos dos sepan quiénes son para liquidarse al que queda. Yo y tú, o yo y tú. O tú y tú, claro. ¿Cómo hacemos para saberlo? ¿Quién es el primero que se atreve a decir a qué bando pertenece? Esto nos pasa por no llevar uniforme. Los “dorados” de Pancho Villa, esos sí que... (Primero y Tercero lo han encañonado)

TERCERO.—¿Qué ibas a decir de los “dorados” de Villa?

SEGUNDO.—Iba a decir que esos sí llevan uniformes. Y los del ejército regular federal. Nada más, ni en pro ni en contra.

PRIMERO.—¿Y si te matamos, nosotros dos?

SEGUNDO.—A lo mejor soy de tu bando.

PRIMERO.—Pero, ¿y si te mato, de todas maneras, como me pensabas matar tú, y éste y yo nos vamos cada cual por su lado?

SEGUNDO.—En el momento de darse la vuelta uno, el otro lo mataría. Vivo yo, soy un posible aliado de cualquiera de los dos.

PRIMERO.—(A Tercero) Te debo la vida. ¿Confías en mí?

TERCERO.—(Pausa) No. (Pausa) Matamos a éste, luego tú te das vuelta y te vas. Te he salvado la vida. ¿Confías en mí?

PRIMERO.—(Le duele, pero) No. Conozco ese veneno de “patriotismo” que nos inyectan.

SEGUNDO.—¡Ja, ja, ja!

PRIMERO.—Tú has tenido la culpa. Te íbamos a perdonar cuando comenzaste a hablar, a razonar. Ahora serás el que primero caiga.

SEGUNDO.—Lo veremos.

PRIMERO.—Cuando no se piensa, se sale uno del camino y se le salva la vida a otro. Se perdona al que momentos antes nos iba a matar, pero se piensa, se embrolla, y mira: No nos podemos mover. (Enfunda su pistola. Tercero continúa con su rifle preparado. Es el que más desconfía) ¡Hay una solución! Vámonos todos, cada uno por su lado, sin decirnos nada.

SEGUNDO.—¿Por dónde te irías tú, querido, una vez en la carretera, por la izquierda o por la derecha?

PRIMERO.—Sin salir a la carretera. Aquí mismo.

SEGUNDO.—Es lo mismo. ¿Qué lado cogerías tú?

PRIMERO.—Cualquiera. Lo echaríamos a suerte.

SEGUNDO.—Nos toca el lado contrario y tenemos que dar la vuelta a medio camino, si no queremos caer en mitad del campamento enemigo, y nos volveríamos a encontrar, pero entonces ya dos contra uno, y cualquiera puede ser ese uno.

PRIMERO.—Pronto se hará oscuro completamente. No nos veríamos.

SEGUNDO.—De noche es peor. Cazarnos en la oscuridad. (Sonríe cínico) Aquí estoy más tranquilo. Por lo menos sabré el momento en que voy a morir. (Idea) Nos podríamos marchar, con cierto intervalo de tiempo...

PRIMERO.—¡Sí, eso es!

SEGUNDO.—Pero no, porque sólo bastaría que el primero se escondiera, viera qué dirección coge el segundo para aliarse con él o con el que queda.

PRIMERO.—¡Otra vez estás razonando! Podemos jurar que no nos esconderemos.

SEGUNDO.—¡Cómo quieres salvar la vida!

PRIMERO.—No es la vida lo que quiero salvar. Es más. Podemos jurar que no nos esconderemos.

SEGUNDO.—Bueno. Sí. (A Tercero) ¿Tú crees en esos juramentos?

TERCERO.—No.

PRIMERO.—¡Hay que hacer algo!

TERCERO.—Al que primero quiera irse de aquí le pego un tiro.

SEGUNDO.—No asusta a nadie, jefe. Usted es el que está en peores condiciones, con ese rifle.

TERCERO.—Puedo disparar y volver a cargarlo antes de que tú cuentes hasta uno.

SEGUNDO.—(Cínico) ¿Sí? Pruebe.

(Tercero está encañonando a Segundo. Vuelve a ver a Primero. Primero está con la mano presta a desenfundar)

SEGUNDO.—Estamos en una trampa. (A Tercero) Tú debiste haber previsto todo esto y esperar a que yo matara a éste y tomara mi camino, y entonces matarme a mí o venirme conmigo, según el lado que cogiera. Yo sí lo hubiera previsto. Tú no, claro.

PRIMERO.—¿Y si todos somos del mismo bando? ¡Sí! ¡Sí! ¡¿Y si todos somos del mismo bando?!

SEGUNDO.—¿De cuál bando, cariño, del federal o del revolucionario? Dílo tú. No hay otra solución que la de sentarnos y esperar a que pase algo. Muy rápido tiene que ser el que comience a disparar para no ser muerto por el otro. El único que podría es usted, compadre..., si tuviera pistola, porque con ese rifle... La única solución es sentarse..., (Se sienta en un extremo de la escena) y esperar. Esperar.

PRIMERO.—¿Esperar qué?

SEGUNDO.—No sé.

(Primero se sienta al otro extremo. Tercero en la mitad, al fondo, de manera que forman un triángulo. Todos están dándose el frente y la mano cerca del arma)

SEGUNDO.—Estamos más o menos a la mitad del camino entre ambos campamentos. Alguno de los dos avanzará tarde o temprano. Que cada cual espere que sea el suyo. (Los mira) Es cierto. Todos podemos ser del mismo bando. (Pausa corta) Está anocheciendo. Hoy ha sido dura la pelea. De ambos bandos, se entiendo. Empate. Siempre, después de una batalla, hay unos cuantos que se quedan atrás por algún motivo y no pueden retirarse a su campamento. Je, je. ¿Cuál es el motivo de ustedes? Puesto que no podemos hacer otra cosa que esperar, me parece bien que hablemos, teniendo la precaución de no decir ni dar a entender a cuál bando pertenecemos, si a la izquierda o a la derecha. Yo estaba en un hueco. Desde el mediodía. Cuando ordenaron la retirada, mi compañero, que estaba conmigo, salió primero. En ese momento le reventaron la cabeza a balazos. Volvió a caer. Tenía los ojos... fuera. Quedó como sorprendido, como si no pudiera creer que... ¡Como si no lo pudiera creer! (Pausa) Permanecí ahí, hasta que no hubiera ya nadie, y esperé y esperé y esperé y esperé, con él, al lado. Desde mediodía. No he probado bocado. Regresaba a mi campamento. Entré a descansar.

TERCERO.—¿Quieres? (Le tira una mochila con comida)

SEGUNDO.—(Asiente y come. De pronto se detiene. Voz baja)
Le sacaron los ojos. ¡Pablo! (Aparta la comida y vomita)

TERCERO.—Ahí dentro hay aguardiente.

SEGUNDO.—No.

(Pausa)

PRIMERO.—(A Tercero) ¿Y tú?

TERCERO.—Vine a la guerra con mi hijo. Después de la batalla de esta mañana, no llegó al campamento. Regresé a buscarlo. (Baja la cabeza)

PRIMERO.—(Grita. Tiene que ser un grito máximo, que trascienda, con mucho, el salón del público. En este grito toda moderación significaría vulgaridad y tendría un efecto contraproducente) ¡Dios! (Transición) Compañeros, óiganme. Se están burlando de nosotros. No somos dignos.

Nos están mirando en estos momentos. Yo soy maestro de escuela. Soy un hombre de paz. Quiero decir... Probemos..., demostremos algo..., amémonos de pronto.

SEGUNDO.—¡Ja, ja, ja! Ahora sí que estás cómico. ¡Ja, ja, ja! (Serio) Bueno, amémonos, amémonos. Empieza tú. Trata de hacerlo tú. (Primero comprende que no puede) ¿Ves, imbécil? ¡Ja, ja, ja! Esto sí que es cómico. ¡Ja, ja, ja! Tú, padre, dame la comida. Comeré.

PRIMERO.—(De nuevo) ¡Dios!

SEGUNDO.—(Tranquilo) ¿Para qué haces eso? Lo único que lograrás es hacer que vengan los de cualquier bando. Espera que vengan ellos por su propia cuenta. Me dará tiempo a comer. (Come)

TERCERO.—Hagamos un fuego.

SEGUNDO.—Sólo serviría para llamarle la atención a los de cualquier bando. Oye, padre, qué bueno está esto.

TERCERO.—Lo hizo mi mujer.

SEGUNDO.—¿Trajiste a tu mujer a la guerra?

TERCERO.—Sí.

SEGUNDO.—La soldadera. Qué país este. Los soldados van a la guerra con mujer e hijos. Será hábil en robar a los muertos tu mujer, ¿eh, padre? En otros países los ejércitos tienen un servicio de cocina, no tienen que llevar los soldados a su propia cocinera. Aquí tenemos... Está bueno, esto. (Lo que come) Aquí tenemos que ser verdaderamente patriotas para ir a la guerra. O ladrones. En otros países se les da un sueldo a los soldados. Aquí el sueldo de uno es lo que robe. México. Sin olvidar lo de los uniformes. Es una ventaja. De esa forma ya no todos los hombres son enemigos, sino sólo los que visten de azul, o de verde. Tú debes ser bravo para la guerra, ¿eh, padre? ¿Era tu único hijo?

TERCERO.—No, tengo otro, niño todavía. Se quedó, con la madre de mi mujer.

SEGUNDO.—A lo mejor fuiste tú el que mató a mi amigo. ¿Por qué no? Podría ser.

TERCERO.—A lo mejor. No sería la primera vez que le desbarato los sesos a alguien.

SEGUNDO.—O a lo mejor mi amigo era tu hijo. Podría ser. ¿Por qué no? (Pausa. Tercero comprende que es posible) ¿Era un..., como de veinte años?

TERCERO.—(Se levanta) ¡Sí!

SEGUNDO.—(Ve los bigotes de Tercero) ¿Con bigotes?

TERCERO.—No. (Se sienta de nuevo)

SEGUNDO.—Bueno, sí, no tenía bigotes. Vellos más bien. ¿Un muchacho moreno, alto, fuerte? ¿Callado? No le gustaba hablar.

TERCERO.—(Otra vez comprende que es posible, pero ya recela. Voz baja) Sí.

PRIMERO.—Déjate de estar engañándolo, ¿quieres?

SEGUNDO.—Je, je, je.

PRIMERO.—Tu hijo no se llamaba Pablo, ¿verdad? (Al oír el nombre se le trunca la risa a Segundo)

TERCERO.—No. Jacinto. Se llama. No llamaba.

SEGUNDO.—¿Cómo sabes que mi amigo se llamaba Pablo?

PRIMERO.—Tú lo dijiste. Hagamos ese fuego. Que vengan, qué importa. Sólo así podremos terminar con esta... .. peores que bestias encerradas.

(Primero, ayudado por Tercero, comienza a hacer un fuego. Le dan la espalda a Segundo, y éste aprovecha la ocasión para deslizar la mano hacia su cartuchera)

PRIMERO.—(A pesar de no parecer haber estado viéndolo. Sin volverse) Tendrías que hacer dos disparos certeros. Dos disparos únicos y rápidos. Y tú sabes que no puedes.

SEGUNDO.—(Sonríe cínico) Tienes razón.

TERCERO.—Déjalo que comience. Yo también lo estaba viendo.

PRIMERO.—Y después matarme a mí, ¿verdad?

TERCERO.—(Sin darle pizca de importancia) Sí.

PRIMERO.—Pero si me ibas a salvar la vida. Te saliste de tu camino para ayudarme.

TERCERO.—Entonces, sí. Ahora es otra cosa. O los mato yo o me matan ustedes.

PRIMERO.—(Le duele, pero) Sí.

TERCERO.—Levanta el pie, esta rama arderá bien.

SEGUNDO.—(Burlón) Oye, maestro, ¿por qué gritaste eso? Tú crees en Dios, ¿verdad?

PRIMERO.—Es Dios el que no cree en nosotros.

SEGUNDO.—Yo en lo que creo es en los ángeles. Sobre todo cuando están bien dotados de... (Gesto libidinoso) protuberancias. Je, je. Recuerdo que una vez en..., bueno, en cualquier parte, en un pueblo que cogimos... Entramos en una casa, una casa de mampostería, lujosa. Buena gente. Estaban ahí, temblando, el padre, la madre y el ángel. ¡Y qué ángel! Matamos a los viejos, y a ella nos la repartimos entre todos. (Con gusto, recreándose en mostrarse malo) Yo fui el primero. Ah, muchachos, ni les cuento cómo estuvo eso. El cielo. Yo mismo le movía las caderas, porque estaba desmayada. Ah, el cielo. Eh, maestro, ¿qué te parece? Esa pudo haber sido tu mujer. No, era virgen. Tu hermana, eso sí. Y ahora, viéndote bien, hasta creo que te pareces a ella. Sólo que ella..., claro... ¡Ja, ja, ja!

PRIMERO.—Sí, pudo haber sido. O pude yo haber hecho lo mismo con tu hermana.

SEGUNDO.—Yo no tengo hermana. ¡Ja, ja, ja!

PRIMERO.—Con tu mujer entonces. ¿O tampoco tienes mujer?

SEGUNDO.—(Serio) No.

PRIMERO.—O tu madre. Porque los míos no respetan ni a las viejas. Los míos o los tuyos. Es lo mismo.

SEGUNDO.—Yo no tengo madre. ¡Ja, ja, ja!

PRIMERO.—Te lo creo.

SEGUNDO.—Comienzo a conocerte, ¿sabes? Tú eres uno de esos maestritos que creían en los ideales de la re-

volución y se van a luchar por ellos. Los maestros siempre están hablando de ideales. O que no creen en los ideales de la revolución y se van a luchar contra ella para guardar el orden. Los maestros siempre están hablando de orden. ¿De cuál clase eras tú? ¡No, cuidado, no lo digas! Has venido y te has encontrado con que aquí no se trata ni de orden ni de ideales, con que aquí sólo se trata de matar. Ese es el único ideal que existe. Y sólo cuando estemos todos muertos habrá orden. Te has de haber llevado una sorpresa, ¿eh, maestro?

PRIMERO.—Yo sabía a lo que venía.

SEGUNDO.—¿Sí? Yo también. Eso nos hace ser más peligrosos todavía. (A Tercero) Ahora te diré por qué estás tú aquí.

TERCERO.—Si me tratas de engañar otra vez o de burlarte de mí te parto la cabeza.

PRIMERO.—Y lo hará. Tú lo sabes. De manera que cállate.

SEGUNDO.—Si pudiera ya lo hubiera hecho. Con ese rifle. Ja. Tú eres mi guardián, mi ángel guardián. (A Tercero)

PRIMERO.—Eso. Hasta a los bichos los han matado.

SEGUNDO.—Oh, qué dolor, los pobres bichitos. Qué inhumana es la guerra. ¡Ja, ja, ja!

PRIMERO.—¡Pablo! (Surte el efecto que buscaba. Se le corta la risa a Segundo) ¡Ja, ja, ja! ¿Entonces es de veras que era tu amigo? (Transición) Perdóname. Hace fresco. Acérquese al fuego, padre. (Tercero lo hace) Yo tengo tabaco. ¿Quiere?

TERCERO.—Bueno.

PRIMERO.—¿Tú?

SEGUNDO.—Gracias. (Lían cigarrillos y fuman)

PRIMERO.—¿Usted es de por aquí, padre? Sí. Es mejor que no lo diga. Tiene razón. Esta tierra no es buena. Mucha piedra.

TERCERO.—De donde yo soy sí es buena. Para el frijol.

SEGUNDO.—Ajá. Entonces usted es del norte.

PRIMERO.—(Negándolo) ¿Por qué? ¿Acaso no se da el frijol también en el sur.

SEGUNDO.—Sí, es cierto. (Pausa) No podemos ni hablar.

(Pausa)

PRIMERO.—No podemos decir ni “soy de tal parte”, ni “¿cómo te llamas?”, ni “te quiero”. (Pausa. Se levanta y grita de nuevo) ¡Dios!

(Segundo se le tira encima furioso, lo tumba y le pone la pistola debajo de la quijada)

SEGUNDO.—¡Como vuelvas a gritar eso te mato, ¿me oyes?, te mato!

TERCERO.—(Apuntándolo con su rifle) Suéltalo. O no, mejor no, mávalo, mávalo de una vez, para matarte yo y terminar esto.

SEGUNDO.—(Se levanta) ¿Me oiste? No es de camaradas. Hay que ser muy poco hombre... (Tirita) Tengo frío.

PRIMERO.—(Sin rencor, al contrario) ¿Tanto así crees?

SEGUNDO.—No me preocupo de eso. Estoy nervioso.
(Tirita)

PRIMERO.—(Se quita el saco y se lo da) Coge, ponte esto.

SEGUNDO.—(Receloso) ¿Por qué?

PRIMERO.—Porque sí. Anda. Cógelo.

SEGUNDO.—(Lo coge) Gracias. (A Tercero) Dame un trago.

PRIMERO.—Yo también tengo. (Saca una botella de su mochila. Tiene una nueva esperanza) Qué importa que no nos podamos decir las cosas importantes si podemos decirnos cosas como “tengo frío”, “coge mi saco”. Todo no está perdido, mientras nos podamos decir cosas así.

SEGUNDO.—A lo mejor se ponen ustedes a pensar que como soy friolento debo ser de la costa, y como la costa está en manos de... ¡Pero se equivocan! ¡No soy de la costa! Si tengo frío es porque estoy enfermo, me va a dar calentura. ¡Lo cual no quita que no sea...! ¡Oh! (Se aprieta la cabeza)

PRIMERO.—Entonces, ni eso.

SEGUNDO.—Ni eso. Coge tu saco.

PRIMERO.—No, déjate.

SEGUNDO.—Cógelo, he dicho. (Se lo tira)

PRIMERO.—Y sin embargo, todos somos algo, de alguna parte. Pero es un crimen, ser lo que sea. Está prohibido. Sólo cuando está uno solo. Porque es un crimen ser. Y hasta decir “yo tengo frío” es peligroso. Si el que está a tu lado se da cuenta de que eres, te aplastará la cabeza. Es un crimen. Bien. Vamos a jugar a que no somos, a que estamos simplemente. (Tercero está rascándose la espalda) Rascarse la espalda, eso es todo lo más que se puede hacer. (Tercero, desconfiado, deja de rascarse) Pero, cuidado, también eso puede ser peligroso. Se pueden deducir cosas. ¿No es cierto?

SEGUNDO.—Imbécil.

PRIMERO.—Eso es, defiéndete. (Segundo le quita la cara)
¿Por qué no me miras? ¿Por qué no nos miramos todos a los ojos? Terminaríamos acostándonos juntos.

SEGUNDO.—¡Maricón, cállate!

PRIMERO.—A usted, papá, a usted le debe ser más fácil todo esto. A usted no le gusta hablar. Es lo más seguro en este juego de escondite. Jugamos a que no somos, a que no existimos más que como esto, una cosa que bebe, o que se rasca la espalda, que camina por la calle, que se sienta. Nada más. Sí, me callaré. (Transición) ¡Oh, estúpidos! ¡Oh, oh, estúpidos! ¿No se dan cuenta de que esto es así porque nadie se ha atrevido nunca a hablar, porque nadie se ha atrevido a llorar en las esquinas, o a decirle al de al lado: “tengo frío”? El día que pase eso nos abrazaremos todos. De pronto comprenderemos que hemos hecho los estúpidos, que nos hemos dejado engañar, porque aquí estamos para abrazarnos los unos a los otros. ¡Déjenme, déjenme besarlos en la boca, y besarlos en los pies, para darles la bienvenida a esta nueva vida, para demostrarlo! ¡Déjenme ser bueno, para probarles cómo inmediatamente lo serán ustedes también, y después ellos, y después los otros, y después todos! Será una nueva vida que habremos comenzado nosotros, aquí, en esta tierra de nadie, a escondidas! Yo voy a decir de qué bando soy, y lo vas a decir tú, y luego tú, y nos vamos a abrazar todos, porque habremos comprendido que no importa. Oigan, oigan, yo soy... (Segundo y Tercero aprestan sus armas. Primero comprende que uno de los dos lo matará en el momento en que diga de qué bando es) Yo soy... (Se dobla y llora)

SEGUNDO.—¡¿Qué, hablador de mierda, qué eres tú?! ¿De qué bando eres? ¡Habla! ¡Habla! Para eso, para hablar, para eso sí eres bueno tú, para hablar de ideales, de orden. Son gente como tú los que están pudriendo el mundo, los que le hacen la vida insoportable a los que sólo queremos quedarnos en casa, sin decir que somos o que no somos. Quedarnos simplemente y trabajar en lo nuestro. Que nadie me diga que tiene frío, que yo tampoco se lo diré a nadie. Yo sólo quiero... vivir... en paz... con lo mío. Aunque tenga que matar para ello. Porque yo vine aquí a matar. Me

sería repugnante saber que tú y yo somos del mismo bando. Hablador. Te conozco. A la hora de hablar grande. A la hora de hacer lo que predicán, mírate. maricón. (Transición) No se puede hacer otra cosa que esperar. Esperar. Hasta que cualquiera de los dos bandos venga. Lo más gracioso es eso, que todos podemos ser del mismo bando. Je, je, je. A lo mejor todos somos del mismo bando y los que vienen son los otros. Los habremos esperado, así, cruzaditos de brazos, para que nos maten. Y todo porque no hay nadie que... ¡Ja, ja, ja!

PRIMERO.—Todos “somos” del mismo bando. Sencillamente porque no hay dos bandos, hay uno solo. Nos lo han hecho creer, pero hay uno solamente, uno solo.

SEGUNDO.—¿Y cuál es ese bando único, querido, el federal o el revolucionario? ¿El que cree en los ideales, o el que cree en el orden? ¿El que quiere trastornar al mundo para implantar unos ideales, o el que está satisfecho con las cosas mientras pueda sentarse en algún sitio y fumar tranquilamente? Estoy hablando demasiado.

PRIMERO.—Tú eres un hombre de paz. Todos los hombres somos hombres de paz.

SEGUNDO.—¿Crees que soy federal? ¿No puede ser que yo haya salido a luchar por ese sitio en donde sentarme? ¿No puede ser que sea eso lo que signifique para mí la revolución? Sí, puede ser. O puede ser que ya lo tenía. ¡Adivínalo! ¡Arriégate! Estoy hablando demasiado. Ya he dicho más de lo que conviene. (Tirita)

PRIMERO.—Pero decir: “yo tengo frío”, eso sí lo puedes decir.

SEGUNDO.—No. Tampoco. El padre, el padre es el más listo de nosotros. No habla. Espera a que uno de nosotros meta la pata para meterle él plomo en la cabeza. ¿Eh, padre? ¿Por qué no habla? ¿Por qué no dice nada?

TERCERO.—Cuando yo hable va a ser con ruido. (Gesto al rifle)

SEGUNDO.—Vamos a dormir, ¿qué les parece? Tú velarás mi sueño, ¿eh, padre? (Transición) Lo decía en bro-

ma, pero sí, creo que sí se puede dormir. Cada uno de ustedes cuidará de que el otro no me haga daño, porque yo puedo ser de su bando. (Se echa. Transición. Se incorpora) Pero, pensándolo bien, (A Primero) tú puedes engatuzar a éste y aliarte con él de alguna forma. No, no pueden. Entre dos es el mismo problema. Je. A lo mejor entre mil sería lo mismo. O entre un millón. Je. Sería gracioso. (A Primero) Sí, pero conozco a los de tu clase y tu lengua. Tampoco se puede dormir.

(Primero se echa y cierra los ojos)

SEGUNDO.—(Bebe) ¿Quieres?

TERCERO.—No.

SEGUNDO.—Yo sí. Me quita el frío. (Bebe)

(Pausa larga)

SEGUNDO.—(En voz baja, cuidando de que no lo oiga Primero a quien cree dormido) Padre, padre, ¿quiere salir con vida de esto?

TERCERO.—¿De qué bando eres?

PRIMERO.—(No dormía) Sí, ¿de qué bando eres? ¡Dilo! ¡Porque juro que mataré al que no sea del mío, y nadie es de mi bando! ¡Dilo, ¿de qué bando eres, traidor cochino?! ¿Crees que dormía? Tigre, hay que ser tigre entre los tigres. (Los tres están encañonándose)

SEGUNDO.—(Cínico) ¿Ves? No se puede dormir. Esto va a durar toda la noche.

PRIMERO.—No. Esto va a durar hasta que se acabe el mundo. (Voz baja) ¡Dios, ayúdame! ¡Hazme amar a estos puercos, Señor! Tú eres mi refugio. ¡Carajo, escúchame!

SEGUNDO.—Dios no existe, idiota.

TERCERO.—(Tranquilo) Yo soy Dios. (Pausa. Primero y Segundo lo miran. Tercero se da vuelta de pronto y sin previo anuncio visible, congestionado de risa) ¡Ja, ja, ja! (De pronto se vuelve, cree que venían hacia él) ¡Cuidado, el que se me acerca se muere!

SEGUNDO.—Cuando los brutos abren la boca...

PRIMERO.—(Todavía bajo la impresión) ¿Quién es usted, padre?

TERCERO.—(Encañonándolo. Los tres están con las armas en la mano) ¡Adivínalo! ¡Arriésgate!

SEGUNDO.—(Voz baja) Hasta que se acabe el mundo.

T E L O N

SEGUNDO ACTO

Lo mismo. El fuego se ha extinguido casi totalmente.

SEGUNDO.—(En la oscuridad. Voz baja) ¡Dios! ¡Dios! ¡Padre! ¿Está dormido? (Se levanta y va al proscenio, camino de Primero. A sí mismo) Está dormido. Todos duermen. Ahora..., ahora es la hora. Los mataré a los dos. Primero a éste. Será más fácil. Pero en silencio. No debo despertar a Dios. Lo estrangularé, en silencio, y después..., el otro. Debo tener fuerzas. ¡Oh, qué hermoso es esto! Estoy solo. Solo sobre la tierra. ¡Solo! Pero no debo pensar en voz alta. Puedo despertar a Dios. A Dios Padre que anda buscando a su Hijo. ¿Para qué lo mandó? Está bien que lo haya perdido. Este es un juego para hombres. Je, je. Está bien. Qué tiene que andar espiando. Desvarío. Me ha subido la fiebre. No debo pensar. No debo pensar. Debo matar solamente, matar, matar. (Transición) Abel, ¿duermes? Sí, duermes. Confías en Dios. Pero Dios también está dormido. Ahora te mataré. Ahora... (Levanta el saco que hace de cobija a Primero y lo despierta)

PRIMERO.—¿Eh? (Desenfunda rápidamente y prende un fósforo) Tú, claro. (Levanta más el fósforo para alumbrar a Tercero. Tercero está con el rifle al hombro, apuntando a Segundo)

TERCERO.—En el momento en que lo mataras te ibas a ir detrás de él.

SEGUNDO.—¿Estabas despierto?

TERCERO.—Estaba despierto. Oyéndote.

SEGUNDO.—¿Y por qué no nos ha matado? ¿Por qué no nos ha matado usted a los dos? Pudo hacerlo. Este estaba dormido, habría tenido tiempo de cargar de nuevo su rifle. Era su gran oportunidad. ¿Por qué no lo hizo?

TERCERO.—No quiero ser yo el que empiece el tiroteo. Pero seguramente seré el que lo termine.

PRIMERO.—Porque es bueno. Todavía tiene esperanza de ser bueno. Déjalo. Tú eres el único perverso. En realidad es tan fácil. Sólo hay que romper un hilo para desencadenarlo todo. Y nadie se atreve. Todos nos agarramos a ese hilo. Todavía tenemos esperanza. (A Tercero) ¿Verdad? (Tercero hace gesto de que ni lo sabe ni le importa) ¿Pero creen que si en el fondo nos quisiéramos matar no nos habiéramos matado ya? Pero si es... Yo lo veo tan claro. Todavía tenemos esperanza de ser buenos. (A Segundo) Hasta tú, estoy seguro. Sí, hasta tú. Y no nos dejan. Hay una cosa que se llama naturaleza humana, buena, limpia, como la mano misma de Dios. Pero aquí todo conspira contra ella, quiere mancharla, hacerla mala, y tenemos que defenderla. (A Tercero) Es eso lo que estamos haciendo, defendiéndola, ¿verdad?

SEGUNDO.—No se trata de ningún hilo, maestríto. Yo no comienzo porque..., sí, porque soy cobarde. Y porque tienes el sueño muy liviano. Este no comienza porque no puede. Y tú no comienzas porque... ¿sabes?, te lo creo, porque no te quieres manchar. (A Tercero) Llamarte bueno. ¿Qué te parece, padre? Dios, ¿qué te parece? (A Segundo) Y además, no empiezas el juego porque no eres lo suficientemente valiente para hacerlo. Yo sí lo soy. Duérmete, descuidate y verás. Yo, el cobarde, sí lo soy.

TERCERO.—¡Empiézalo! ¡Empiézalo! Ya me estoy cansando. Pero sabe que yo no voy a dormir. Estoy siempre despierto. Y veo bien en la oscuridad.

PRIMERO.—(A Segundo) No. No empezarás nada. Te conozco. Eres cobarde. Y además, también tú tienes esperanza.

SEGUNDO.—De salir con vida de esto.

PRIMERO.—De salir limpio de esto. No hay por qué impacientarse. Al amanecer alguno de los dos bandos avanzará. El empate de esta mañana no durará siempre. Ellos empezarán.

SEGUNDO.—Falta mucho para que amanezca.

PRIMERO.—Sí. Faltan siglos todavía. (Anima el fuego) Seguramente todos estaremos muertos para entonces.

Será un amanecer muy bello. La tierra vacía, cara al sol, tostada. Reirá. Y no habrá tenido ninguna importancia. Alguien le habrá ganado la apuesta a alguien. Eso es todo.

SEGUNDO.—Han apostado a que gano yo.

PRIMERO.—Han apostado a que no gana nadie. Sólo él, Dios, seguramente sólo él saldrá con vida de esto.

TERCERO.—Sí.

PRIMERO.—Dígame, ¿por qué dijo usted eso, que era Dios?

TERCERO.—Porque lo soy, comparado con ustedes, que son unas gallinas, que sólo saben hablar. Y yo no hablo. Dios tampoco habla. Y para seguirles el juego, que está divertido. Uno de ustedes se va a delatar de un momento a otro. Algo me dice que los dos son del bando contrario. Y qué gusto me va a dar matarlos.

PRIMERO.—¿Para vengar a su hijo?

TERCERO.—Mi hijo no está muerto.

PRIMERO.—¿Por qué, entonces? ¿Por qué?

SEGUNDO.—Porque es bueno, querido. ¿No lo dijiste tú antes? (Transición) Porque es malo, como tú, como yo, como todos.

PRIMERO.—No.

SEGUNDO.—Descuídate y verás. Parecemos diablos con esta luz.

PRIMERO.—A mí me gusta. Alumbra más que la del día.

SEGUNDO.—Depende de lo que se quiera ver.

PRIMERO.—Sí. A tí. A mí. A Dios.

TERCERO.—Ya basta de esa broma. Empieza a cansarme.

PRIMERO.—Sí, debe ser muy cansado.

SEGUNDO.—Ustedes no saben. Hay... No. No debo hablar. ¡Pero no me gusta esta luz! (Va a apagarla pero se le interpone Primero)

PRIMERO.—No. Ya una vez quisiste aprovecharte de la oscuridad.

TERCERO.—Déjalo. La oscuridad es la misma para todos. Y es él el que sale perdiendo. (A Segundo) Tú brillas. Tus ojos brillan.

SEGUNDO.—¿Mis ojos? No. No eran los míos. ¡Son estos que recuerdo, que me miran! (Desde su frente, de donde quiere arrancárselos. Tirita) Tengo frío. (Primero le ofrece su saco) ¡No! ¡No he dicho nada! Hagamos algo, hablemos de algo. Me pone nervioso no hacer nada.

PRIMERO.—Habla tú.

SEGUNDO.—De cosas sin importancia, que no nos comprometan.

PRIMERO.—Sí. Claro que se puede. ¿Ves? Yo te lo decía. Empieza. Se hará la noche menos larga.

SEGUNDO.—No. Empieza tú.

PRIMERO.—Bueno. Por ejemplo: Es una noche hermosa.

SEGUNDO.—Sí.

PRIMERO.—Las estrellas también. Son hermosas.

SEGUNDO.—Sí.

PRIMERO.—Yo me llamo, por ejemplo, Carlos.

SEGUNDO.—Sí.

PRIMERO.—O Enrique, o José.

SEGUNDO.—Sí.

PRIMERO.—A pesar de todo..., a pesar de todo, todavía hay esperanza.

SEGUNDO.—(Pausa) ¿De qué?

PRIMERO.—Pues... de que todavía haya esperanza.

SEGUNDO.—¿De qué?

PRIMERO.—De que la haya, de que la haya. De que amanezca mañana.

SEGUNDO.—De que se cierren esos ojos.

PRIMERO.—De que encontremos ese sitio en donde podamos sentarnos a fumar un cigarro.

SEGUNDO.—De que yo te mate a ti antes de que me mates tú a mí.

PRIMERO.—No, porque somos del mismo bando. Todos somos del mismo bando. Mañana, cuando amanezca, nos daremos cuenta de ello y nos arrepentiremos de haberla pasado así, en vez de cantando.

SEGUNDO.—Sólo el que tenga un amigo que se llame Pablo, al que le han roto la cabeza, al que le reventaron los ojos, sólo ése es de mi bando. No hago más concesiones.

PRIMERO.—Bastan. Yo.

SEGUNDO.—¿Te atreves a cargarte conmigo a Dios?

PRIMERO.—El también es de nuestro bando.

SEGUNDO.—Ya lo sabía. Eres cobarde.

TERCERO.—He dicho que ya me estaba cansando de ese juego.

PRIMERO.—Algún nombre hemos de tener, para cubrirnos.

TERCERO.—El de padre está bien para mí.

(Pausa)

SEGUNDO.—¡Bueno, pero que pase, que pase algo de una vez! ¡Matémonos, si es que es eso lo único que se puede hacer! ¡Tenemos horas de estar aquí! ¡¿Hasta cuándo?!

PRIMERO.—Se pueden hacer muchas cosas. Todavía se puede hablar de muchas cosas.

SEGUNDO.—Ya lo has visto que no.

PRIMERO.—Se puede vivir, simplemente. Aunque sólo sea así.

SEGUNDO.—¿Sí?

PRIMERO.—Sí. ¡Sí! ¡Se puede vivir!

SEGUNDO.—Déjenme ir a vivir entonces, déjenme irme de aquí. (Marca el mutis. Primero y Tercero lo encañonan)